

LIII-15

S.M./C8/80

SM
C^a8
80

* TENTATIVA LITERARIA *

DESTELLOS
== DE ==
JUVENTUD

EL ETERNO MENTIROSO

© IDILIOS VALENCIANOS ©

❁❁ FRAGMENTO ❁❁



== SU AUTOR, ==
JOSE M.^a ESTEVE VICTORIA

R^o n^o 382

FRACMEI

FRACMEI

86-34
EST

* TENTATIVA LITERARIA *

DESTELLOS

== DE ==

JUVENTUD

EL ETERNO MENTIROSO

© IDILIOS VALENCIANOS ©



NTO



= SU AUTOR,

JOSE M.^A ESTEVE VICTORIA

R. P. A



1057073

SM C^a8 80

CIUDADELA
(Menorca)



TIP. DEL S. C. DE JESÚS



AÑO
1908



DEDICATORIA

A mi apreciado

y distinguido amigo

D. Juan Cavaller Piris

En prueba mínima y cariñosa

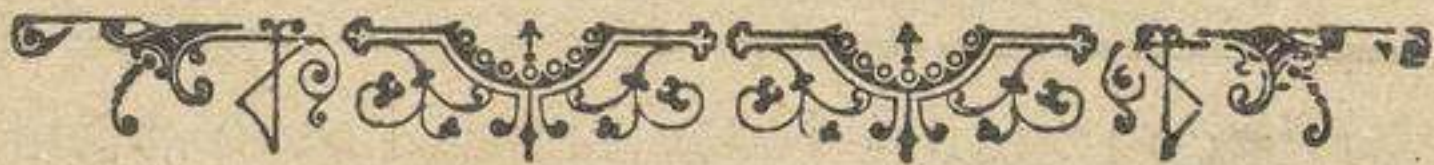
de afecto,

en ferviente saludo de amistad,

José M.^a Esteve.

Valencia, 1908.





I

PASEANDO una tarde por uno de los frondosos jardines de la ciudad, cuajado de árboles gigantescos que sombrean las alamedas y realzan la esbeltez y hermosura de las plantas y flores que ribeatean las vías del paseo, encontré á mi viejo amigo D. Fernando, envuelto, como siempre, entre los numerosos y tersos pliegues de un abrigo, largo y de color oscuro, y caminando cortamente apoyado en un fuerte bastón.

D. Fernando se alegraba al verme, porque veía en mí «á la juventud que empieza ahora la batalla de la vida,

arrinconando á los viejos», como decía, y estuvimos hablando un buen rato, cuando ya el sol rodaba hacia la cuna de su ocaso, palideciendo en sus rayos, y el día lanzaba sus postreras palpitaciones.

Era este señor un hombre que cruzaba con desmayo de caduco la última etapa de la vida: simpático, afable, prudente, á cuyo lado siempre se aprendía. Yo gustaba de estar con él, porque lograba enterarme de algo de su vida de artista mimado y querido; de fragmentos salientes de ella que D. Fernando relataba con intimidad, con una intimidad brutal y colorista que hacía desfallecer el ánimo de mis mejores ilusiones.

D. Fernando fué novelista en su juventud, lo que se dice un buen escritor; ahora, en su vejez, ya no hacía garrapear la pluma sobre el papel como en aquellos pasados tiempos, muertos para él; aquellos tiempos que el anciano evo-

caba con tristeza y desolación, que le hacía exclamar á menudo esta frase relatora del estado de su conciencia: «¿Para qué he vivido, si nunca hice nada de provecho?»

Fué un ídolo del arte, á quien la muchedumbre admiraba con este nato instinto que la hace prorrumpir en calurosos aplausos cuando algo se eleva sobre ella, montado en un pedestal de deslumbrante talla y forma, llamándole por ello la atención.

La historia de su personalidad literaria era vulgar y parecida á todas las historias de esta catadura. Primero, un niño vivo y revoltoso que sobresalía de entre los demás por su carácter rebelde y con cierta intuición de precocidad que asombraba á los padres y maestros, quienes veían en él un futuro hombre enérgico y decidido, que «daría ruido». Luego el joven estudioso, despidiendo razonamientos de juicio por todos sus poros, juzgador de las cosas por su ver-

dadera rasura, y que, á los veinte años hablaba del mundo y sus costumbres y peligros con la confiada hilaridad y reverencia de un anciano.

Comenzó sus ensayos literarios en periodiquines de poco sebo, á quienes enviaba su colaboración con una irreflexiva espontaneidad que le dictaba el corazón, el deseo de ver su nombre impreso, y con esto iba aprendiendo y desarmando su pluma del embarazo que envuelve á un principiante; poco á poco, se fué en él arraigando la costumbre de escribir para el público, haciéndolo bien pronto con una desenvoltura natural y llana, hasta que ya escribía como maestro consumado, captándose la admiración de sus conocidos, que veían en «Fernandito» un ser superior de fuerza moral atlética.

En las aulas, en las tertulias, en los círculos que frecuentaba, era admirado y respetado por todos; y todos en sus dudas acudían á él, como á una enciclo-

pedia viviente, para consultarle y admitir la resolución de su consejo.

Al cabo de algún tiempo ya no escribía artículos incoherentes y sin fondo, ni colaboraba en los periodiquines de poca importancia, sino que redactaba en diarios, en revistas ilustradas, con cuentos, é historias de cierto valor estético y de no desechable perfección literaria. Y hasta «tenía su público», conquistado en cada uno de los resortes literarios que bruñía su pluma; porque hay que decir que Fernando poseía la envidiable cualidad de acertar en todo cuanto trataba.

Pronto fué solicitada su firma en varios periódicos importantes y leídos, y en ellos se le devoraba con los ojos, merced á su estilo, un estilo inimitable que se adaptaba á toda variedad, y que tan sólo él sabía manejar con valor y sobriedad original, inédita.

Escribió algunas novelas por aquel tiempo, y no obstante estar rodeadas,

saturadas de una novedad incierta y común, fueron acogidas pródigamente, aunque con la frialdad que se concede siempre á un novel; pero se abrían camino, dando al nombre de su autor los primeros destellos de la gloria, y alentándole para emprender rumbos más profundos y graves.

No era Fernando un escritor que tantea el terreno antes de producir. El llevaba en su interior un temperamento ardiente y propio, que le lanzaban al público con arrojo temerario sin preocuparse del efecto consiguiente; escribía como entendía que debía escribir, temiendo la realidad por norma, y apuntando con la pluma las sutilezas y marcados rasgos viciosos y feos que contiene en sí la sociedad, personificando estos vicios y maldades en los personajes de sus novelas, sin que nunca la segunda intención de lastimar posiciones sociales que tenían frágil la base de sus grandezas le guiase en la hilación del argu-

mento. «La verdad escueta y neta, y adelante», así hablaba él.

Con semejantes armas, lógico es suponer que se elevaría sobre las medias tintas, y así fué, porque el filo de la espada que manejaba, tenía la potencia y la cordura necesaria para romper brechas y obstáculos. ¿Cómo no? Y subió, sin que hiciesen mella en su reputación y valer las molestias del camino, atravesado en continua pelea con voces regatonas que se le interponían movidas por los celos.

Y empezó á producir; su mano, como máquina incansable, llenaba centenares de cuartillas con una presteza asombrosa; era fecundo y variado en los temas que elegía, sin que se pareciesen ni siquiera dos de sus novelas. Verdad es que Fernando se inspiraba en la sencilla realidad que ven todos los ojos de donde tanto hay que decir, no hacía sino coordinar el plan y pintarlo en el papel con caracteres de imprenta, tal

como un pintor trasladara al lienzo una escena de la vida.

Cada uno de sus libros producía una revolución en el mundo de las letras. Eran discutidos, ensalzados, vejados, con una fiebre que absorbía la atención de todos, contrarios y partidarios de su estilo. Inició en la literatura un nuevo rumbo, y agarrado al cual nació bien pronto un ejército de adeptos que seguían á D. Fernando como á indiscutible capitán.

Durante el largo ciclo de algunos años, su nombre sonó como familiar á todos los oídos; era pronunciado con respeto y admiración por unos; con envidia rastroera y despecho por otros; pero de todos conocido, como una cosa popular y sonada, que cansa á fuerza de repetirse.

Sobre todas las atmósferas vagaba el título de sus obras, unido al nombre del autor; la autoridad de su fama paseó con majestad invisible de uno á otro confín de la península, bordeando atrevido las

playas extranjeras, y penetrando en las ciudades extrañas con la desenvoltura propia del mérito que acumulaban á sus concepciones. Las revistas ilustradas, tanto las del país como las de fuera, le asediaban como insectos pegadizos, en demanda de fotografías de su persona, asentadas sobre un corto escrito que trazaría su mano, la mano que tan esplendidamente sabía dibujar sobre el blanco papel lo que tiene de sinceridad real la vida, cuyo sabor, gracejo y contorsiones en este asunto le labraban el éxito que luego caía sobre su cabeza brumándole bajo las naturales incomomidades que necesariamente trae consigo la celebridad.

¡Oh fastidioso y aburrido tiempo!

Era entonces el hombre de moda, el *chic* de la elegancia que agasajado y mareado por los vapores del *gran mundo* triunfaba aplastando á las medianías con la soberbia grandiosidad de relieve intelectual; era el potente *dios* de la lite-

ratura, el sol fecundo de las letras, que eclipsaba con su superabundante y ardiente fogosidad á cuantos astros osaban girar á su alrededor, á quienes envolvía y amortiguaba en la pequeñez de la nada, en la semioscuridad de lo confunso, con las vibraciones graves, sonoras, agudas y retumbantes que despedía su pluma.

Nada se sabía hacer sin él; su concurso era indispensable para todo; el verbo de su palabra era preciso que abonase toda empresa laudatoria ó general, para que ésta creciese y viviese con desahogo suficiente. Y sin embargo de que lenguas rastreras le mordían como víboras venenosas por la envidia, él subió y creció y mando por largo tiempo, desde cuya altura contemplaba con gesto napoleónico, hierático, temerario á la humanidad bulliciosa agitarse á sus piés, gesticulando como loca, pegándose como insensata, mientras la incabable y mútua discusión de las producciones

literarias del novelista la tenía preocupada.

Él, D. Fernando, desde tan alto sitio que muchos mordían en su base para hacerle caer, no se preocupaba de nada, sino de mantener enhiesto el pendón de sus glorias con nuevos libros que le producían riquezas y bienestar social. Y, no obstante, no era feliz. En medio del ambiente cortesano y entusiasta que le rodeaba, notaba en su corazón la falta de algo, que le dejaba en él un vacío glacial, tremuloso y triste, que tanto más se hacía notar, cuanto más grandes y estupendos eran las recepciones y galantes actos con que se le obsequiaba, en conmemoración de sus triunfos; vacío inmenso éste que ante él tan sólo se dejaba traslucir, borrando únicamente á su propia vista la aureola de grandiosidad y nombradía que la fortuna y prosperidad en el trabajo festonearon alrededor de su cabeza.

El talento preponderante con que

Dios le dotó, no acertaba á dar con la causa que le producía este eterno malestar moral, que se hacía también físico, y que se interponía como valla humanitaria entre lo terreno y lo sobrenatural, entre la afición, entre la locura del vértigo pavoneante de atraerse á sí todas las miradas, y el deber y la obligación de cumplir con un *algo* sagrado que él tenía olvidado, relegado, postergado en un rincón de sus intenciones, sin darse prisa á ofrecerlo á la Naturaleza exigente con la formalidad real de un hecho.

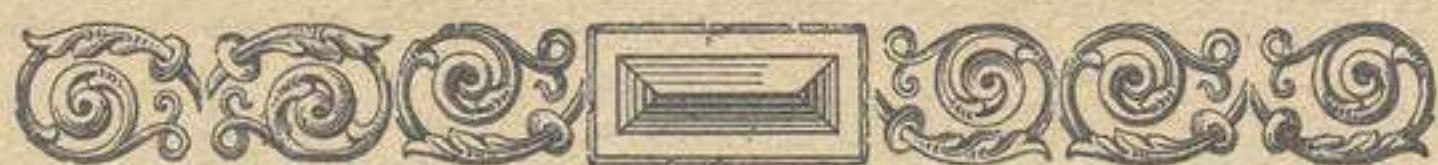
Y esto era lo que en aquel tiempo le faltó para ser completamente feliz.

¿Cuánto duró el lapso de sus triunfos? No lo sabía puntualmente D. Fernando. Mas es lo cierto que, *por fin*, cayó del alto pedestal en que le colocó el entusiasmo de la gente. Tras él venían genios jóvenes, briosos y con ardientes deseos de lucha, que se cebaron en silencio sobre su descuidada grandeza

cuando ésta ya no era de la *época*, mer-
mándola poco á poco, como la carcoma,
destruyéndola, lastimándola, hasta que
sobrevino el inevitable batacazo.

No podía ser duradera ni eternamen-
te estable su gloria, como no lo sería la
de los que le suplantaron. En este mun-
do todo es ficticio, todo es oropel y ho-
jarasca que envejece el soplo de la no-
vedad compañera del *tiempo*, de la *ac-
tualidad* y de la *moda*, cuatro señorones
que todo lo deshacen, mientras ellos
permanecen siempre los mismos, los
idénticos halagadores y engañosos.





II

UN día, instado por D. Fernando, fui á su casa.

—Venga V.,—me dijo, —no vera allá nada de notable ni de bueno, pero me causará un gran bien su visita.

Y fui una tarde, encontrando al viejo abismado en meditación preocupada, perdida su vista en lo alto del techo, y humeando en sus dedos un cigarro que pespedita líricos y caprichosos hilos de humo, que se retorcián en el espacio, formando dibujos inimaginables y grises, como la esperanza de un jóven.

Y, como siempre, la conversación torció hacia lo antaño, hacia el tiempo

pasado de D. Fernando, que yo oía con éxtasis interesado de arrobamiento. Nada hay que me interese tanto como los pormenores y detalles de la vida de los hombres que en algún tiempo se debieron al público; y es que espero encontrar en sus revelaciones una norma definida y recta, á la que deba atenerse mi porvenir. Pero no, nada hay tampoco que diste tanto como un pasado y un porvenir respectivamente ajenos.

Volvió D. Fernando á relatarme con aciaga elocuencia pormenores variados de su existencia. Eran lamentos candenciosos de una vida que se apaga y que, trabajando mucho, «no dejó nada de eterno provecho». Eran resquemores y recelos pesarosos, sobrevenidos demasiado tarde, cuando ya la fuerza productora en el hombre está agotada, cansada, y no se siente con bríos para emprender nada digno y reparador, con una acción fehaciente capaz de modificar el fatídico *no he hecho nada de provecho*.

Su pesar era inmenso, hondo, que causaba lástima y hacía meditar con ideas momentáneas de filosofía superficial, y utilitaria, que nos aconsejan trabajemos para que alguien se sirva de nuestro trabajo, y le guíe como norte para emprender otros que, á su vez, aprovechen á otros futuros; y así, con una cadena inextinguible, hacer la vida más llevadera y feliz.

El viejo hablaba con el calor de su convicción; y salían de su boca consejos verdaderos y razonados, que debíamos grabar en nuestra memoria. ¿Qué existe mejor que los consejos de la experiencia? Sus razonamientos eran amargos, melancólicos, como pulsaciones de un instrumento antiguo y guerrero, que nos recuerdan escenas gloriosas que presenciaron y dieron vida nuestros abuelos.

La acabadora vejez á que fatalmente conduce la vida, le hacía hablar con el desengaño propio de un corazón sumi-

do en la indiferencia y en la desolación después de verse exaltado y llevado en hombros triunfalmente.

¡Ah! aquel tiempo, y cómo lo maldecía ahora... ¿Qué fué para él? Un vestido purpúreo con el que vivió envuelto durante algunos años, y que desgarraron con rabia y fuerza la envidia y las pasiones ruines, dejándole miserablemente en una situación misa:trópica y desagradable.

Y pasó su gloria, pasó su tiempo, dejándole envejecido y maltrecho. ¿Qué le quedaba ahora de aquello? No otra cosa que el recuerdo mortificante de *lo que fué*, y algunos ejemplares de sus libros, polvorientos, en la biblioteca de su casa, amigos callados, mudos, pero expresivos que encerraban en sus páginas todo el caudal de su energía, toda la fuerza prepotente de su cerebro, todo el vigor de su juventud, todo el zumo de su vida.

Ahora es cuando acertaba á saber qué

era aquel solemne vacío de alma que le inquietaba. Ahora, sí, en la soledad profunda y aterradora de su existencia, con su vida abandonada y triste, que esperaba la eterna noche de la muerte recluido en los oquedados de los vastos y oscuros salones de su palacio, viviendo en ellos como un quiñapo humano, apartado del centro bullidor de la vida como cosa que ya de nada sirve...

¿Quién le alegraría su míseros días, si en el apogeo de sus éxitos no cuidó de proporcionarse calor para la vejez? ¿Quién le arrullaría sus horas mortales de angustioso padecer, si no procreó en la vitalidad exorbitante de su juventud? ¿Quién cerraría sus párpados cuando la *Parca* se hiciese su insuperable amiga y le cortase el hilo único que le retenía con la ligaza de la palpitación corporal á este mundo?

¡Nada!... ¡Nada!... La soledad completa le rodeaba; su vida se desvanecía á pequeños intervalos, en la mortaja de

su palacio. Y allí el piano silencioso y mudo. Y allí los balcones cerrados y los tiestos áridos y las flores secas. Y todo el interior de la casa sonando á hueco, á local inhabitado. Los cortinones pendientes de las perchas en languidez característica de abandono. La negra oscuridad paseándose entre sus sombras como dueña de la casa. Y allí los armarios cerrados, las puertas atrancadas, y todo, todo, con aspecto de sexagenario.

¡Ay, cómo reviviría si una juventud lozana y esbelta habitase entre todo ello! ¡Cómo su vida sería otra si la arrullase la charla atiplada de un ser carne y sangre de su carne y de su sangre!...

A todo este discurso lastimero, quejumbroso, que brotaba macizo y envuelto en certezas de verdad del alma de un viejo, y que lastimaba en el alma de un joven ensueños y ambiciones que se esperan alcanzar con el trabajo, yo nada respondía. Nada podía responder, sino

mirar al viejo con ojos glotonos de extrañeza y oírle atento, como se escucha á una pitonisa que nos revela acontecimientos futuros que terciarán en nuestra vida, decidiéndola, encaminándola tal vez por un sendero distinto al que pensábamos recorrer en ella.

D. Fernando seguía su monólogo con voz melíflua y apagada, que discurría incisa bajo mi trágica atención de estóico interesado. Y siempre grave, siempre serio y rígido, contraído su semblante por un gesto de dureza que allí vivía agarrado á toda hora; y siempre elocuente como un maestro de la vida, apagados sus secos labios, que teñía una execrable palidez; así, así hablaba el viejo escritor, retorciendo las frases con signos de caída fiereza y amargura incontrastable.

Si callaba, el silencio extendía por la estancia sus foscas alas, haciendo insupportables los instantes. Los instantes y los minutos que sobre nuestras cabezas

marcaban con unísono y contante *tictac* un reloj, instrumento modulador de la existencia, que todo lo sujeta y amolda á su rígida y acompasada disciplina, á su medida de cauto aborrecible, cuyos secos golpes pretendían llenar la inmutable soledad de aquel hogar desierto, que el imperdonable descuido vital de un sér hizo inhabitable, aún para él mismo.





III

Yo me levanté para marchar me cuando ya la luz artificial que el hombre fabrica poblaba de opaca claridad la estancia, cuando un velo negro tendió la noche en la abertura de la ventana, que lo entenebrecía todo.

Al despedirnos, el viejo me dijo con tono amable y sonriendo vagamente:

—¡Cuánto siento haberle entretenido a V. tanto, contándole relatos que deben haberle aburrido! Perdóneme, pues que los hombres viejos como yo, no sabemos hablar de otra cosa más que de los desaciertos de su juventud, lamentando que Dios no nos conceda otra pa-

ra aprovecharla en algo útil. Perdóname, con el recuerdo lejano de que algún día hablará V. como yo hablo ahora, pidiendo á un joven benevolencia y respeto como el que V. me otorga mientras le entretengo en fútiles historias que no le interesarán.

Quise protestar, pero D. Fernando añadió:

—Tan pronto me deje V. y pise el arroyo de la calle, ha de encontrarme *cursi*; y es que V. no puede comprenderme, porque su espíritu dista tanto del mio... Y crea, que me pesaría si usted tomase en serio mis sermones. ¡Qué sería de un joven, pensando á lo viejo! Siempre me quedaría el remordimiento de haber secuestrado una energía voluntariosa en las tenebreces de un filosofar impropio de ella.

.
Caminaba por la calle con el temperamento apretujado, y mis nervios estaban debilitados por una cierta dosis de

paralización angustiosa que me molestaba grandemente. No sé por qué, me sentía triste. Sin duda había quedado algo en mí, de los desengaños de que me hablaba D. Fernando.

Al pasar por el jardín en el que conmigo se paseaba el viejo algunas tardes, internéme allí con ansias de sentarme en un banco y descansar de preocupaciones pavorosas.

Estaba ya bien avanzada la noche, y era aquella una noche fresca y apacible de verano. La oscuridad se desvanecía blandamente en lo alto, al contacto de los pálidos resplandores que despedía la luna, haciendo su carrera triunfal entre boirosas nubecitas incoloras y pequeñas, que se destacaban como leves pecas sobre la capa esplendente y serena del firmamento.

En aquel jardín se estremecía el sentimiento, como intimidado por el roce de fantásticas decoraciones teatrales. El tupido ramaje de los altos y corpulentos

árboles, cruzábase, besándose en mútuo silencio, entretegiendo una idealista bóveda transparente, acribillada de pequeñas y multiformes manchitas plateadas por las que se filtraban rectos hilos de luz lechosa, que manchaba el suelo oscuro y húmedo del paseo con salivazos claros y hermosos, formando todos ellos un combinado dibujo, risueño, poético y atractivo, como todo lo natural.

Era aquello como una catedral forjada por soñadora fantasía, cuyas naves transparentes de ramaje verde-oscuro sostenían los robustos troncos de los árboles, que nacían de las entrañas de la tierra, extendiendo en su superior remate, ramificaciones que semejaban apoyar la bóveda, horadada por gusanos de luz, largos y rígidos, que chocaban al fin, en el suelo raso.

Y agarradas á cada una de estas columnas especiales crecía un bosque de vegetación frondosa, espesa y sublime,

adornada con multitud de puntos de la variada coloridad de sus flores y capullos, que embriagaban el espacio con aromas halagadores, bruscos y fuertes. Y todo el paseo, con su larga extensión, alumbrado malo y poéticamente por la luna, que penetraba á jirones en él; ¡era un espectáculo tan hermoso, tan sencillo y conmovedor!

Allí se extasiaba el alma en delirios de juvenil amorosidad, pareciendo percibir susurrantes idilios celestiales, místicos, que venían con los aromas y se alejaban sonriendo con la brisa, ligera y tenue.

Esta, esta era la vida, ante cuya sonoridad sin ruidos turbadores caían desvanecidos los tristes presentimientos que el habla inquietante de D. Fernando dejó en el corazón. Aquello era vida, color, poesía, ambiente, verdad... aquella era un todo perfecto, acabado que saludaba á la imaginación con ligeros golpes de afable estremecimiento. Así,

¡qué bella era la vida! ¡Vivamos, pues, vivamos!

¿Soñaba? Lo cierto es que no me daba cuenta de nada en aquel momento, ni nada mundanal y turbulento venía á entorpecer mi éxtasis ilusorio. Creía encontrarme en el paraíso rodeado de celestes figuras, vaporosas y sutiles, como fantasmas amorosos, que rondaban mi persona, cantando melodías dulces y espirituales, y sonaba acompañándoles, una música alegre y melancólica á la vez, que convidaba al recreo del alma.

Todo esto entreveía mi imaginación, en la soledad y silencio del jardín. El ambiente plagado de aromas y de esencias, acariciaba mi espíritu con caricias de ternura, y la oscuridad incompleta del paseo ayudaba á la imaginación á sumirse en una melodía de aéreas pulsaciones sentimentales, exóticas, disciplentes.

De pronto me sacó de tal ensimisma-

miento el revoloteo sordo y apagado de dos pájaros que luchaban en el ramaje de un árbol, con una brega confusa y breve, que hacía sonar sus vocecitas estridentes con intrincados golpecitos de un piar infantil y risueño.

Y no sé á qué acudió á mi memoria la voz apagada de D. Fernando, sonando quedas á mi oído sus palabras previsoras: «Los jóvenes sienten una ansia bulliciosa de vivir, que les aleja de la realidad; no aciertan á ver ni á comprender el futuro que puede aguardarles; no piensan en la verdad de lo que es el mundo, no discurren sobre sus miserias y falsedades, porque no conciben por qué esta, que tan bella se ofrece á su visual, pueda disfrazar su ruindad con un exterior hasta tal punto alegre, atractivo, fascineroso, que les deslumbra y atrae engañosamente, con movimientos felinos de histérica traidora, la que les desarma de sus previsiones con la misma facilidad que gasta

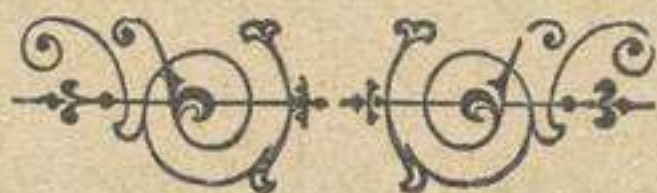
5

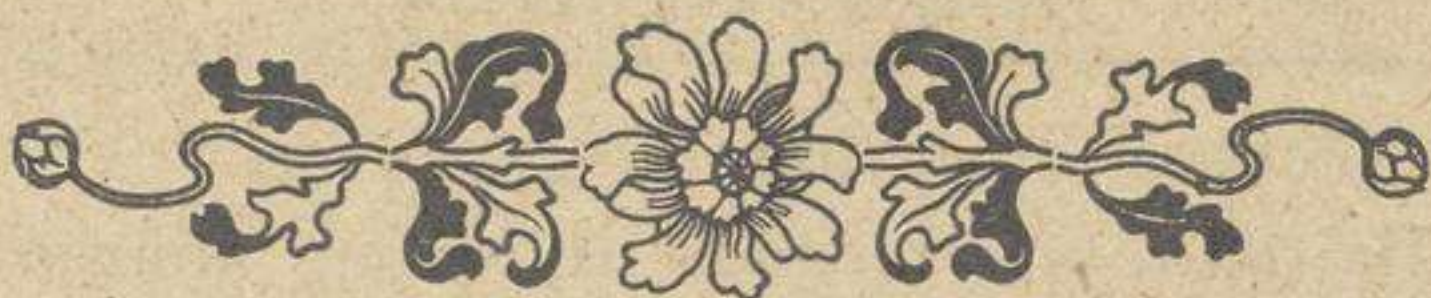
una peca lora para sustraer á su enamorado amante los billetes de la cartera, haciéndoseles entregar de rodillas á sus piés, mientras ella sonríe sarcásticamente, triunfalmente... En los ropajes vistosos, cuajados de falsa pedrería que disfrazan al mundo, se embebe la mudable atención de la juventud, ahita siempre de luz y gloria, de pompas y bullicio. V. mismo, que ahora me escucha con propensiones de creerme, huirá de mis palabras tan pronto una fase vistosa poética de la vida hiera con sus reflejos el mirar extraviado de sus propios ojos.»

Hablaba en D. Fernando el hombre de siempre, que tiende á presentarnos al mundo en su nativa y esencial condición. Yo hacía esfuerzos para creer en sus palabras, que salmodiaban á mi oído como profecías increíbles; quería creerle, mas no podía. La juventud se oponía á esta creencia *absurda* con decidido ímpetu; y sobre su reflexión y sordo aliciente, flotaba la imagen reto-

zona, coqueta, riente y hermosa de la noche, de la vida que yo contemplaba como personificada en la transparencia azulada y pálida de la luna, en las imágenes inciertamente reverberantes que navegaban por el cálido espacio, fantasmas blanquecinos y relucientes, vestidos de un indecible color, que bogaban entre risas y sollozos, entre ayes de dolor y carjacadas de felicidad.

Y aquella noche ideal, fantástica, arrullada por los mortecinos reflejos del astro vespertino, no era otra cosa más que un *modo* sensual, engañoso, de los muchos que el mundo posee para ganarnos á su causa, haciéndonos alistar y figurar bajo los pliegues siempre ondulantes de su bandera egoísta y maldita.





EN LA HUERTA

IDILIOS VALENCIANOS

I

BAJO el rústico dosel que los pámpanos entretegidos de la parra formaban sobre el pequeño cuadro de terreno que á modo de deportal, había á la puerta de la barraca, Dolorettes permanecía quieta y silenciosa, como abismada en hondas reflexiones.

Era de noche, una espléndida noche estival, en que el calor cruzaba el espa-

cio con su invisible aleteo, y lo invadía todo, produciendo un ténue mareo asfixiante. Del cielo, teloneado por extensos nubarrones plumizos, descendía una vaga y como sucia claridad que embozaba los objetos entre sombras y medias tintas. Y espumábanse, resaliendo como temerosos adolescentes, las numerosas macetas y *cosiolets*, atiborrados de plantas florecientes, que invadían la entrada de la barraca, puestos en correcta seguridad á ambos lados de ésta, pero apretujados y confusos entre sí, con sus ramas que lucían tímidamente un color verde-oscuro; y lanzaban sus punzantes perfumes en aromáticas oleadas que prendían fuertemente en la persona de Doloretas, como agasajándola, antes de extenderse por la llanura desbordante del espacio, en donde perdíanse avergonzados y lastimeros de no servir para cosa mejor...

Todo era mansa paz en la huerta. La productora tierra seguía laborando, co-

mo siempre, en un vago cálido y húmedo, entonando muda canción ardorosa á la vida. Y creciendo en ella, alimentándose en las sabrosas urbes de sus entrañas, desbordantes de savia vivificadora, todos cuantos plantíos y *sembrats* admitía la estación, anidando infantilmente al pié de los árboles cargados de hojas y frutos, entremezclado todo en selvático amaneramiento.

Se oía el canto estridente y agudo del grillo, el graznar áspero y desgarrado de las ranas en las acequias, y el gorjeo de otras alimañas, siempre igual y perenne, siempre vulgar y monótono, que, lejos de estorbar la modorra soñolienta de la noche, parecían acariciarla y prestarle mayor atractivo con sus atipladas quejas.

Y en algunos puestos lejanos, destacábanse sobre la incierta oscuridad en que todo estaba envuelto, puntos rojos, discos encendidos, como pupilas sanguíneas de misteriosos manoteos ó tritones,

que parecían marcar algún nefasto señal de algo sórdido y funesto.

La barraca agigantábase dominadora entre la llanura que la rodeaba, cuajada ésta de hierbas liliputienses, que embrionaban su producto á ras de tierra.

El techo que á modo de tejado la cubría y resguardaba caía en rápida y abierta pendiente sobre las flojas paredes que lo sostenían. Y posada sobre la aguda caperuza, que, inclinándose al unirse arriba, en un punto superior, formaban las dos alas de este techo pajizo, erguía la tosca cruz de renegrida madera que se vé, como trofeo y solemne enseña de fe cristiana en todas las barracas de esta huerta, y allí resurgía con negra silueta por sobre la efímera construcción, amparando su material debilidad con la potencia invisible de sus brazos siempre abiertos.

Dentro de la barraca faenaba la madre de Dolorettes, acompañándose con un velón de aceite, iluminada con cuya

luz paseaba de acá acullá, preparando el almuerzo á los hombres que debían salir al viniente clarear del alba para entregarse a sus quehaceres en la huerta ó disponiendo otras cosas y adelantando obligaciones de las muchas que le restaban cumplir al siguiente día, y que no escasean por cierto, en las barracas valencianas.

Dos hermanitos de Dolorettes dormían á pierna suelta un sueño tranquilo que no impedía lo incómodo de las camas en que estaban acostados: uno de ellos sobre el asiento de tres sillas unidas, y el otro en el propio suelo, teniendo tan sólo por colchón una manta extendida.

Y en el exterior de la barraca, *prenint la fresca* Dolorettes y su padre, quien dormitaba apretujando un delgado cigarrillo entre sus dientes, y ambos, mientras esperaban que llegase la hora de marcharse á dormir, hacían la digestión de la cena, envueltos en los perfumes acariciadores de las flores.



II

AQUELLAS noches estivales, calurosas y aromatizadas, parecían interminables y aburridas á Dolorettes, desde que no visitaba la barraca Micalet. Aquella apacible calma en que discurría el tiempo, teniendo únicamente por voces distrayentes las de los animales que cantaban á la negrura del espacio y el leve susurro del agua en las acequias y próximos arroyos, entristecían á la muchacha, que lo encontraba todo soso y ridículo, latoso y despiadado; monótonos ruidos éstos que no le atraían al sentimiento ni le recordaban nada nuevo,

nada agradable, nada en que pudiese recrearse su atención indecisa.

--*¡Qué fastidi!... ¡Qué aburrició!* — Murmuraba ella, revolviéndose inquieta en la silla de asientos de cordeles. ¿Y aquello era vivir? ¿Aquella era la hermosura de la huerta que tanto preocupaba á los *señorets* de la capital? ¿Aquellas las poéticas y dulces noches, que descritas fogosamente en libros y diarios había ella leído tantas veces, como si los escritores soñasen y padeciesen sinsabores por poder presenciárlas, y envidiasen á los que no tenían más remedio que vivir entre ellas?

¿Sería caso de dar gracias á la Providencia porque les tenía como premiados y privilegiados en medio de aquel verde fragor silvestre, siendo la admiración y la envidia de los señores ricos que veíanse obligados á vivir en la ciudad?... ¡Bah! ¡Bah!

¿Y qué tenía aquello de particular? ¿Qué había de sugestivo en la huerta

que atraían el recuerdo y la añoranza de los que no vivían en ella?

Y alteraba las pulcras facciones de su hermosa cara para marcar en ella un gesto de indiferencia y de desprecio. No, para Dolorettes no tenían nada de atractivo aquellas noches, y deseaba pasasen los minutos con más vertiginosa rapidez, que viniese pronto el día, para marchar á la fábrica de la ciudad, donde trabajaba.

Pero, el tiempo parecía jugar como niño con las sombras de la noche, retardando su marcha, y obligaba á la chica á pensar en mil cosas diferentes, porque «el pensamiento nunca duerme». Y giraba su imaginación alrededor de puntos incoherentes y fatuos, hasta que se detenía en uno solo que la absorbía por completo.





III

Y en este reinaba como gladiador mágico, la figura de Micalet, el hijo mayor de la barraca vecina, un muchacho guapo y fino, con líneas correctamente dibujadas en el rostro, que le daban un aspecto de tímido infante, pero simpático como suerte de la Lotería y vivo como una ardilla; con robusta fuerza de voluntad y gallarda entereza y fortitud de corazón que contrastaba poderosamente con el aspecto remilgado de su persona.

Era la gloria de la huerta: sabía leer y *fer contes* como un sabio matemático, y además un pico como un ruseñor y

unos dedos para la guitarra que no había otro que le aventajase. Por lo que era el dueño de la comarca, y las chicas se lo llevaban á miradas, ansiándole para marido, y los mozos se mostraban orgullosos de tenerlo por algo así como á un jefe, con quien consultaban sus asuntos y amoríos, pidiéndole consejo.

Él se hacía querer, ¡vaya que sí! por su genio afable y paternal con los que iban á él de buena fé, y rígido y temible con los que se las echaban de *pinchos*, lanzando charadas de conmisericordia y desprecio para su persona, deseos de suplantarle en su puesto, ó con los que cometían cualquier villana acción...

Y el cerebro de Doloretas, se revolvió con estos pensamientos haciéndola olvidar de todo, y sentía al propio tiempo dos encontrados sentimientos en su alma, el uno aflictivo y el otro gozoso. El primero porque estaba de *morros* con Micalet y el otro por lo que

era él en la huerta, por lo que en esta significaba, que en ello parecía gozarse como si fu se parte interesada.

Mas el primero eclipsaba al segundo, y quedaba aquel flotante en el alma de Dolores, atormentándola con sacudidas de celos.

La culpa, á decir verdad, la tenía ella.

Porque fué una imprudente que quiso avanzar terreno en el corazón del que ya consideraba su novio, agriándolo todo.

¡No, rés! Estaban una noche hablando los dos en aquel mismo sitio, bajo la parra, oliendo valerosos el aroma turbador de las flores y arrullados por misteriosos susurros que debían bajar del cielo á juzgar por su dulzura y suavidad. El padre de Doloretas dormitaba cansado, y su madre trajinaba por dentro. Así es que ellos podían conversar con completa intimidad.

No eran novios, porque todavia no se había efectuado la *demaná*; pero charru-

caban como si lo fueran, tratándose con cariño y ternura, bromeando inocentemente, llevando un volcán de ardiente lava amorosa en el pecho, y en la cabeza un mar de ilusiones, de proyectos que ondulaban, serpenteando con muecas y contorsiones destacándose sin forma, con la indecible figura que tan sólo entrevén ó sueñan los enamorados, sobre un fondo halagador de verde y rosa. Las horas de esta manera pasaban rápidas y fugaces, como la carrera de las estrellas que, desprendidas de su centro, sucumben apagadas en un mar sin fondo.

Al recuerdo de esto, Dolorettes se exaltaba en un gozo interior y melancólico, y pensaba que tal vez tuviesen razón los poetas cuando cantan con delirio de idiotas, la hermosura de las noches estivales de la huerta. Sí, porque ella, en aquellas noches que evocaba con tan extraña zozobra, ¡era tan feliz! ¡le parecían tan alegres y caprichosas! ¡tenían un tan singular tono!...

Nunca las sintió semejantes como cuando estaba con Micalet, con emociones que le llegaban al alma, arrancándole involuntarios suspiros de pasión. Era una rara impresión la que sentía; notaba en ellas extraña salmodia de confusas melodías acariciadoras, un exótico y voluptuoso estremecimiento que la hacía entornar los ojos á la realidad, como si sintiese necesidad de soñar, como si en su interior una voz la invitase á arrebuarse entre las cantatas sonoras y susurranfes de la escena, pareciéndola que era aquello demasiado hermoso, profundamente poético por nacer del mundo...

Así transcurría la velada, entre risas apagadas y oraciones vehementes, pronunciadas á media voz, que pronto se alejaban mezcladas con el olor balsámico de las flores á impulsos de una tenue brisa agitadora y fresca. Sentíase orgullosa Dolores, por tener á su lado, cerca de su mano, al *reyet de l'horta*,

por el que tantas mozas suspiraban con romanticismo inútil; y hormigueaba por todo su ser una completa satisfacción, el placer del amor propio, porque ella era la *preferida*.

Como siempre, trataban de casos amorosos, pero nunca sus palabras denotaban con claridad el afecto que sentía el corazón; y cual si la futura posición que uno adoptase, no interesara al otro, hablaban ambiguos desaciertos, siempre empleando el tiempo *singular*, cuya conversación parecía tan solo atañer á su propia, única y exclusiva personalidad particular; tenían ingénuo empeño en expeler, con afectadas excusas, toda entonación que tendiese á ligarles en un solo lazo, distrayéndose como avergonzados, cuando escapado por las palabras se filtraba un rayo de la claridad del corazón, que no dejaban pasar por la boca con toda su sinceridad.

— *Si yo 'm casara...*

— *Quant m' isca novio.*

Así decían, aun sabiendo que no podían engañarse. Eran aquellas las situaciones que deben adoptarse antes de entrar en la cosa con formalidad. Eran las pruebas, los actos por los que se sondeaban la profundidad de sus mútuos cariños.

Pero la paralización de lo *efectivo* duraba demasiado, y Dolorettes, sintiendo una brusca comenzón de acaparar para sí toda la esplendidez que en su persona tenía Micalet, con lo que sería la constante envidia de todas sus amigas, trató de vadear, sin detenerse, el terreno, ya á su juicio abonado convenientemente para ello. Micalet, bien sea por falta de deseos, bien por sobra de temores injustificados, bien por otra causa, no la hablaba *claret*, como ella estaba esperando. Y los instintos de coquetería inveterada que todas las mujeres abrigan, despertaban con bríos en Dolorettes. Necesitaba pronto ser la novia oficial de Micalet. Mas, ¿cómo? Porque no iba ella á de-

clarársele rompiendo arcanas costum-
bres y viciados moldes. ¿Cómo, pues,
cómo?...





IV

.....
—No lo niegues, *ché*, que lo sé de buena tinta.

—Pues te han engañado.

—La persona que me lo ha dicho no dice mentiras, y yo lo creo.

—Pues buena tonta serás.

—No, si después de todo, eso nada tiene de particular. Que un buen mozo como tú busque novia, es lo más natural del mundo. Todos hacen lo mismo; con que no sé por qué lo niegas.

—Porque no es verdad. Si fuese como te lo han dicho, ¿vendría yo aquí á tu barraca, en vez de ir á ver á la otra?

Así empezó sus maniobras Doloretas una cierta noche; empleaba una táctica segura y firme, que la conduciría al terreno que buscaba. Introducir amagos de celos en el corazón de Micalet, y así.....

—Tú niega cuanto quieras.

—Si ya te irás convenciendo de que te han engañado, sin que yo me esfuerce en demostrártelo.

Y sonreían alegres, arrastrando deseos la contienda, como cosa distraente, y en la que podían lucir sus habilidades de intencionada oratoria.

—Si fuese verdad—dijo él—por qué te había de decir que no lo era? Si á la primera que se lo diría, convidándola a la boda sería á tí. Pero no... aún está lejos el día. No pienso yo en tal cosa. Soy todavía joven... ¡ja, ja!

—Sí, sí...

—Eso tú... tú...—dijo de pronto Micalet, deseando mortificar á Doloretas, revelándole una ínfima habladuría que había oído en el Cesino.

—Mira, y qué bien te lo callabas.

—¿Yo? ¿Pero el qué? ¡ja... já... ja...!

—En el Casino del pueblo de al lado me lo han dicho. Si que has escogido buen muchacho.

Ella continuaba riendo forzadamente.

—Vaya, no me disgusta. Es trabajador y tiene *aguiletas*. Sólo que le gusta algo beber.

—Pero hijo, si yo no sé quién es.

—Pepet, el *foyero*...

—¡Ah!... ¿Vés? Yo lo niego. Sí, ese chico quiere algo, y á falta de otro mejor... Nosotras no somos como los hombres, que tenéis permiso para escoger. Las mujeres se contentan con lo que viene. Y como quedarse para vestir imágenes es cosa tan poco original... Le veo algunas mañanas camino de Valencia, y no es cosa de despreciar, no. Pero no creas que va á entrar en casa pronto, no, porque de cierto no hay nada...

Si la oscuridad de la noche no fuese

tan tupida, Dolorettes hubiera podido contemplar el efecto que en Micalet produjeron sus palabras locuaces y atrevidas en extremo. Sudaba él horrorosamente, y el ensortijado pelo de su cabeza, movíase como ésta á impulsos de algo sórdido y desconocido que le brotaba del pecho, en vahidos rápidos y coléricos, y sintió desde aquel momento un inquieto malestar que le empujaba á la huerta, á un lugar de soledad y silencio donde pudiese coordinar ideas y reflexionar sobre lo que habíanle insinuado y Dolorettes *confirmado* como cosa probablemente cercana.

Marchóse, y anduvo vagando por senderos y bancales, como un loco-cuerdo, inficionado de sensaciones agrias y trenebundas. Entonces dióse cuenta de la magnitud del amor que sentía por Dolorettes; ante la idea de que otro se la quitase, los celos con su bárbaro empuje, le ahogaban en la garganta, como pidiendo un acto decisivo que le acerca-

se inseparablemente á la garrida huertana.

No pensó en deshacerse de aquel pobre rival que nada sabía de todo aquello por medio del cuchillo ni de la escopeta. Era Micalet lo bastante juicioso para reflexionar sobre la verdadera causa de todo; la culpa era únicamente de él; si hubiese hablado ya á Doloretas, ¿le sucedería aquello? Y, claro, Pepet vió la plaza vacante, y como nadie daba muestras de ocuparla, habíase decidido á solicitarla; era natural; y ella, como veía á Micalet tan soso y callado, pues tal vez ya le habría dicho que sí...

¡Y que papel jugaba él ahora! Si Doloretas había comprometido su palabra, ¿qué remedio quedaba? ¿A qué iba él entonces? ¡A recibir una solemne *carabaça*! Y le estaba bien merecido, sí señor.

—*La culpa es meua, la culpa es meua...*

Y decidió en resúmen: hablar secretamente á Dolores; pero ¿en donde? Ir de noche á su barraca como lo hacía, era

temerario, si el *otro* andaba por medio. Durante el día no podía hacerlo, porque ella iba á la ciudad á su trabajo y él se quedaba en el campo; verla al ir á Valencia ó al tornar á su barraca en el camino tampoco; Pepet la acompañaba, porque tambien trabajaba en Valencia.

¿Qué fer; Deu meu?—se repetia—¿Qué fer?

Y mientras, los celos rasgaban su corazón.





PASÓ una semana, durante la que no se vieron. Una semana de horrendo, insufrible martirio, en la que puso el Destino á prueba el fuego de sus amores; una semana transcurrida en febriles cabilaciones, y en la que sus pensamientos é intenciones tomaron mil variados giros, en la que pensaron más en dar solución á aquel tormento que en atender á su conservación personal. Esto bien se les conocía en la cara, cuyas huellas se marcaban vivientes y análogas.

Él dominado por los celos, desde que

vió *confirmada* la habladuría del Casino; habladuría vulgar y bastante repetida, generalmente sin fundamento en sitios donde se congrega gente joven. Y ella con indescifrable cuidado, con amargo desconsuelo porque fué *demasiado lejos*, provocando el retraimiento de Micalet hacia su barraca que, ciertamente no *quería* explicárselo conforme á razón, y sentía nacer visajes y asomos de celos también, y se preguntaba, en los momentos de más confusa desesperación y despecho, si habría acertado, al mentir diciendo, por boca de otra persona, que él tenía novia... ¡Ah! era para volverse loca. ¿Y qué?... ¡Qué iba á pasar allí!...

Talmente discurría Dolorettes la noche en que la hemos visto sentada y reclinada contra la pared, á la puerta de su morada, rodeada de plantas y flores, en tanto llegaba la hora de marcharse á reposar sobre la blanca cama.

Por su mente desfilaban sombras de dolor, fantasmas de asechanzas en pau-

sado ajetreo inconsutil, doliente, que le laceraba el corazón con flechazos agudos y mortíferos. Estaba completamente entregada á pensamientos de fatiga que venían empañados en recuerdos de dulces remembranzas del pasado feliz. Y por su rostro se deslizaron resbalando como piedras preciosas, dos lágrimas ardientes y gruesas que cayeron dejando tras sí en las mejillas de Dolorettes, una luciente estela de penalidades.

Llegó la hora de dormir, y cerróse la puerta de la barraca, quedando todo, más que nunca entregado á la soledad y quiescencia de aquella noche estival, que discurría entre las tenebrosas sombras proyectadas por las nubes.

Transcurrió un largo rato y de pronto, en el pequeño *replanell* que había ante la puerta, apareció Micalet. Creció allí como aparición misteriosa, brotada de las sombras, y permanecía quieto y erguido, cruzado de brazos, contemplando la angosta fachada de la ba-

rraca dentro de la cual estaba Doloretas.

¿A qué había ido allí? No sabía contestarse. Las piernas habíante traído, y el corazón también parecía empujarle hacia la única ventana que ostentaba la blanca pared frontera de la barraca, enclavada al lado izquierdo de la puerta y perteneciente á la habitación en donde dormía Dolores. Sentíase atraído á ella por fuerza superior, por irresistible influjo de algo poderoso que tendía complaciente á unir á aquellas dos almas errantes, tan amantes y acordes en una sensación amorosa.

Aquella misma noche, por distraerse y ver si conseguía abuyentar los pensamientos que de continuo poblaban su mente, fué al Casino del pueblo cercano, en donde había permanecido hasta hacia poco rato; allí estaba Pepet el *foyer*, jugando tranquilamente al truc con tres amigos; y en Micalet, la vista en aquel lugar del que consideraba su rival fué lenitivo que calmó casi instantánea y parcial-

mente sus tenores; dióse á imaginar en que tal vez cuanto Dolorettes le dijo fuese exagerado, y la duda empezó á flotar transparente y como triunfadora por sobre los celos desgarradores de su corazón.

Y salió del Casino dispuesto á ir á la barraca, á hablar con entera cordura á Dolorettes y ¡quien sabe si la felicidad le seguiría en aquellos sus pasos hacia el solar amado...

No reparó en que ya era demasiado tarde, en que la noche estaba avanzando serenamente, majestuosamente sobre su término medio, hasta que estuvo allí ante la cerrada puerta de la rústica vivienda.

No supo que hacer, al primer momento, dubitativo entre marcharse ó quedar allí. ¡Allí! ¿Y para qué?—Pero había en su interior algo inflexible y adusto que le dominaba y hacía retener en su puesto.

Y como movido por un resorte tecleado en el fondo de su pecho por este in-

flujo, desconocido y grave acercóse á la ventana, cuya cuadrada abertura cruzaban transversalmente dos gruesos barrotes de madera. Y golpeó con suave pulcritud en sus tablas cerradas.

Trascurrió un momento, un momento hierático, como los que preceden á los grandes acontecimientos. Micalet sentíase impaciente, y adivinaba una fuerte sensación que marcaría huella perenne é imborrable en la historia de sus días. Esperaba ansioso, clavados sus ojos en el fondo oscuro del huecú de la ventana, y experimentaba una melancólica angustia, de dolor ó de gozo, que no sabía explicarse.

Abrióse la ventana, y dibujóse lánguidamente la cabeza de Dolorettes, y sobre la hostil negrura, sobresalía la palidez incierta de su rostro, y en ella el brillo de sus grandes ojos lanzaban destellos de ahogada satisfacción.

-- ¡Micalet! T' esperaba.



VI

.....

Los grillos, las ranas, seguían lanzando agudos chirridos. El perfume de las flores lo aromatizaba todo con su plácida esencia. El susurro misterioso que brota de la nada en el campo en noches estivales, murmuraba glosas de ternura y de pasiones escondidas bajo el verde follaje de la hierba, anidando en las corolas melosas y tiernas de las flores, besando sus pétalos colorados.

Y, furtivo, el chasquido vehemente y apasionado de un casto beso brotó del roce amoroso de los puros labios de los jóvenes...

En el quedaba sintetizada, mutilada, enrojecida y compendiada toda una historia de horribosas sospechas, de celos fuertes y trastornadores. El transformaba la vida raquílica de dos almas que se amaban; él constituyó el lazo único, irreprochable, que debía anudar para siempre dos corazones encendidos en místicos fulgores que tenían algo de divinos; él hizo comprensibles los latidos de dos pechos amantes, que en aquel momento quedaron unidos, ligados con la potente cohesión del verdadero amor.

Beso que aleteó triunfante, repleto de ansias vitales, batiendo en alas amorosas, la brisa susurrante y apenas perceptible que vagaba por el espacio, aromatizada narcóticamente por el paradisiaco perfume de las flores, que recibían con sus copas de hojas abiertas el rocío fresco y blando que descendía de lo alto...





FRAGMENTO (1)

.....
.....
Sin dar á nadie razón ni excusa alguna, tan pronto hubo terminado D. Plácido de celebrar la misa y almorzado luego con Eduardo, salieron ambos del pueblo montados en la hermosa jaca del segundo, en dirección al convento donde se encontraba Sor Ana de la Consolación.

La mañana era fresca, sorprendente, estival, y por el camino que al conven-

(1) De una novela inédita, del mismo autor.

to conducía era una delicia el caminar en aquellos instantes, cuando el sol que mostraba sus rubios destellos con tibieza de mancebo, no había adquirido todavía su propia pesadez prepotente.

Anduvieron primero por entre tierra de regadío, alegre y productora, tapizada de verde y oro y cuajada de árboles que mostraban con libertad y orgullo á los cuatro vientos su fruto sazonado y envidiable. Y después ya la jaca pisaba terreno montañoso, infecundo y desigual que formaba desmontes inciertos y lomas puntiagudas cauchalles acribillados de pedregosa capa llenos de hendiduras y sorpresas, y entre el cual deslizábase con ondulaciones serpentinatas caminos y senderos que marcaban una faja de color gris-claro sobre el verde-oscuro de las montañas. Pero siempre bajo la riente bóveda de intenso azul, recamada de leves manchitas, esparcidas y agrietadas, que tintaba de roseado el sol naciente.

Este era el bello paisaje que atravesaron el anciano cura D. Plácido y Eduardo en el transcurso de hora y media; hasta que divisaron sobre una no muy elevada meseta unas cuantas viejas construcciones, cuyo tejado musgoso relucía parcamente bajo el baño de sol. Todos se amontonaban apretujadamente, como hijitos en el protector regazo de su madre, alrededor de un edificio de aspecto más moderno, pero sencillo y confortable, que denotaba por un campanario, enano y completamente enjalbegado, que adherido á tal edificio sobrecrecía tímidamente, estar al servicio de la Religión Católica.

Ya en aquella pequeña población, á este edificio dirigiéronse los forasteros viajantes; y dejándolo al animal atado á una reja próxima, penetraron en él con cierta perplejidad. Dicha casa no era otra cosa que el convento en busca del cual habían hecho el viaje; éste habitado por religiosas, fué construido por una

riquísima mujer que ostentaba glorioso título nobiliario, para escuela de la ruda gente montañesa que le circundaba y al propio tiempo con la noble intención de aliviar y proteger en determinados y necesarios casos, á aquellos pobres trabajadores labriegos, entre los cuales, y quizá obligada por desengaños mundanales pasaba la caritativa fundadora del convento la mayor parte de los días de su vida.

A él había llamado años antes en demanda de retiro, la hermana de Pepico, Juanita, después de su desgracia; cosa que le fué concedida, y en él vivía la joven haciendo vida ejemplar y religiosa con la Comunidad de la Orden á que pertenecía.

El sacerdote D. Plácido y Eduardo penetraron en el interior, y la hermana portera condújoles á un espacioso gabinete de espera mientras pasaba recado á la Madre Abadesa y á la hermana á quien ellos deseaban ver.

Transcurrieron algunos minutos de ansia rebelde; á Eduardo latíale el corazón con indómita fiereza, con fuertes golpes y sacudidas, y sentía sus secas pulsaciones en las venas, en el cerebro, en todo él como inquietantes avisos de algo desconocido que le presagiaba algo igualmente desconocido. Estaba pálido y un temblor como de oculto gozo corría por todo su ser. Resbalaban sus ojos sin fijarse en nada, por las paredes lucientes, estucadas, azogañas flúidamente; por las baldosas de blanquísimo mármol; por toda aquella habitación fresca y agradable, con dos grandes ventanones ojivales acortinados también de blanco, cuyo tupido lienzo acaparaba la luz del sol, descolorándola y esparciéndola en ondas claras, pulcras y suaves que dijérase lo iluminaban todo misteriosamente, con reflejos que venían del cielo, ya que parecía no divisarse ningún vestigio ni objeto que la produjera.

Llegó la Abadesa, una simpática monja que desfiguraba su gallardo tipo de mujer española bajo el sagrado ropaje de la Orden, y al saber por boca de D. Plácido el objeto de tal visita, se ofreció complaciente á llamar á Sor Ana de la Consolación, haciéndoles entrar puertas adentro y aguardar en una habitación no tan iluminada como la que habían dejado, pero si análogamente quieta, sosegada, tranquila, exhalando ese aroma singular y propio de las estancias conventuales, aroma de mística dulzura con que saben perfumar todas sus cosas las buenas monjas.

Tenía el techo pintado de claro azul y claveteado de estrellas plateadas que formaban como una extensa diadema de honorables virtudes alrededor de las iniciales entrelazadas de la que es Madre de Dios; y de sus paredes colgaban grandes lienzos, que representaban escenas bíblicas, cuyo colorido transfiguró hosca-mente la pátina, el hollín del tiempo.

Pronto dejáronse oír en el exterior pisadas leves y suaves, y apareció en el marco de la puerta la figura esbelta de la monja á quien buscaban los viajeros.

—Ave María Purísima...

Dijo en tono melancólico, y al verles palideció y hubo de apoyarse en la puerta; bajó su vista nublada por el claro cristal de lágrimas que pugnaban por exteriorizarse, y se vieron temblar congestionados sus labios, cual si orase en silencio... Estaba hermosa, con esa hermosura poética, cándida, virginal que se lee en los retratos de las vírgenes, y su seráfico rostro pálido, orlado por la alba toca mongil, que marcaba aún más su redondez ovalada, tenía una expresión lánguida de oprimido abatimiento que saltaba á la vista. Fácilmente hubiera gorjeado su garganta en sollozos que le nacían del pecho, si no la contuviera el temor siempre lamentable de la indiscreción.

Avanzó algunos pasos con movimien-

tos impulsivos de autómata, y era su figura una gloriosa aparición que regocijaba y deslumbraba á los dos hombres. No sabían qué decir éstos; permanecían como embarazados contemplando á la religiosa, y cohibíase su lengua por temores pueriles, infantiles. Al fin habló el viejo sacerdote reponiéndose:

—Soy el cura de.....

—Si, si — repuso Sor Ana con voz melosa sin dejarle terminar su frase; — ya tuve el gusto de conocerle á V. en otra ocasión.

—Y el señor que me acompaña es... un feligrés, un buen amigo, que desea hablar á V., pedir á V. algo que es más que un favor.

Sor Ana inclinó la cabeza asintiendo, y dando á entender que escuchaba benévola.

Aquí Eduardo hizo un supremo esfuerzo de voluntad y se expresó torpemente, llorando casi, deseando decirlo todo pronto.

—Soy indigno—dijo—de presentarme ante vuestra vista, y no obstante vengo hoy á turbar la tranquilidad de—que aquí se disfruta con mi importuna visita, que comprendo será para V., Sor Ana, como una ráfaga de amargos recuerdos que resucitarán abominables hechos ya muy lejanos. Escúcheme usted, pues que me trae aquí un doble motivo altamente digno para los dos: el de pedirles perdón y. .

—Jamás—interrumpió la religiosa—abrigué odio ni malicia contra V., y pasados en aquel tiempo que V. me evoca, los primeros momentos de natural y terrena efervescencia, le perdoné desde el fondo de mi alma. Haga V. lo propio conmigo.

—¡Yo!...—exclamó Eduardo admirado.—Si yo...

—Perdoneme V. ante Dios que culpable fui.

Y al hablar así Sor Ana, echando modestamente sobre su alma un pecado

ageno, su voz tenía elucubraciones de fragante santidad.

—Me hace V. muy dichoso...

Ella no contestó.

—...Soy muy dichoso al obtener su perdón. ¡No puede V. figurarse mi felicidad! V. me absuelve, su hermano también me ha prometido olvidar para siempre añejas preocupaciones de venganza contra mí... ¡Oh!

—No debía hacer otra cosa mi hermano José.

—Solamente la madre de ustedes murió sin que... —añadió tristemente Eduardo.

—Mi madre, que nos mira desde la patria celestial sonreirá bondadosa. Siempre fué buena.

—Bien puedo bendeciros, porque han devuelto ustedes la paz y la bonazan á mi corazón contrito.

—Bendiga V. á Dios. Ore y sírvale, que no le faltará su ayuda jamás. Toda cuanta felicidad podamos proporcionar-

nos aquí en la tierra es un átomo, nada, si se compulsa con la eterna que Dios reserva á los buenos.

¿Qué esfluvios de embeleso esparcían las palabras de la religiosa? Era la misma Fe, la propia Caridad, la auténtica Esperanza que razonaban por su lengua, conmoviendo corazones y conquistando recuerdos eternos. Ante ella sentíase humillada, consternada, envilecida toda la efímera y ruin fragilidad humana personificada en D. Plácido y Eduardo.

Y estos sentían un inefable, un fantástico entusiasmo de místicos arrobos. Eduardo, llevado de esta pasión consecuente y muda, arrodillóse repentinamente ante la monja,—aquella niña del pasado que él deshonoró,—con intención ardiente de besarle sus piés descalzos. Mas ella rehuyóle con ofendida modestia, y le cedió la mano, su mano fina y correcta, ayudándole á levantarse. Y Eduardo tuvo intención de estampar en ella el cálido beso que antes hubiera bro-

tado de sus labios húmedos por la emoción, pero le contuvo el respeto, la admiración, el recelo de causar daño al pudor casto y heróico de Sor Ana de la Consolación.

—Márchese V. tranquilo—murmuró—y ore por el perdón de mis pecados; yo no le olvidaré á V. en mis plegarias. ¡Queden con Dios!

Y sonriendo con afabilidad cariñosa desapareció de la vista de los dos hombres que aún estuvieron algunos momentos como extasiados contemplando en el suelo de plomizas baldosas las huellas que debieron dejar sus plantas de santa; apenas dándose cuenta de si fué una visión celeste, ó si realmente hablaron con una monja: tanta era la deidad y el influjo absorbente de simpatía que llevaba consigo, y que exhalaba gratos aromas de santidad.



